

El recital que Jorge Lazaroff presentó dentro del Ciclo de Música Popular de la Alianza Francesa, con el título de *Dos*, resultó —ante todo— polémico. Un compañero de redacción dedica su columna a precisar discrepancias con el integrante de *Los que iban cantando*, y seguramente no será la única opinión que surja en ese sentido. Y es que por lo desacostumbrado de ese planteo, *Dos* promueve discusión, a través de la manera agresiva, frontal, con que su responsable expone ciertas consideraciones sobre la realidad de la música popular uruguaya.

Convirtiendo el recital en una conferencia, por momentos en un desafortunado alegato —desafortunado en cuanto a su modalidad expositiva—, Lazaroff rompe los moldes más frecuentes, e incluso la capacidad del espectador para aceptar las transgresiones más o menos previsibles al funcionamiento habitual del espectáculo. Lazaroff insinúa, afirma, pregunta, grita y se queja, burlona o patéticamente, serio o irónico, de casi todo. La labor del artista, la actitud del público, el nivel de los textos, el papel de los productores, el de los críticos y los difusores del canto popular, el auge de la murga, además de un largo etcétera, integran ese rosario de temas que el cantor entiende necesario someter a revisión. Y esa revisión —la suya— resulta especialmente apocalíptica, especialmente negativa, agresiva —en algún caso con nombre y apellido— y bastante pesimista. Pero la intención de esta nota es pasar rápidamente por sobre estos aspectos, para destacar otros que no deben pasar inadvertidos frente a la espectacularidad de los planteos que Lazaroff lanza desde el escenario.

No es que se quiera soslayar el debate, sino que hasta ahora no se ha podido comprobar que un ruidoso enfrentamiento verbal sea más eficaz que el respeto por las opiniones ajenas, y el dejar al tiempo y a la gente que decanten lo realmente válido en cada propuesta.

La posición de Lazaroff es arriesgada, es seria, se asume a cara limpia, y merece el respeto que su aporte en lo artístico le ha ganado al cantor. Entre las varias actitudes posibles, este cronista elige la de defender el derecho de Jorge Lazaroff a decir sus verdades, aun por encima de los matices —y de un par de conceptos básicos— en los que se discrepa. La intolerancia de estos años es una mala escuela, y debemos empezar a eliminar los resabios que pueda habernos dejado.

"DOS": recital presentación del larga duración de Jorge Lazaroff

# SON MAS LAS NUECES que el ruido...



## LAS QUEJAS Y EL APORTE

Tal vez las líneas que anteceden no tendrían razón de ser si esa posición un tanto dramática de Lazaroff no estuviera avalada por una persona-

lidad musical de su calibre, ni por un espectáculo tan redondo como *Dos*. Porque como ya se advirtió al comienzo, lo revulsivo del discurso allí expuesto, arriesga el ocultamiento de cosas que a la larga pueden resultar mucho más trascendentes.

A través de todo el programa se puede apreciar el trabajo de uno de los compositores más originales de los últimos años. Alguien que moviéndose simultáneamente en una línea de ruptura y en otra de rescate de elementos tradicionales, ha confeccionado uno de los productos verdaderamente provocativos de nuestra música popular uruguaya.

Nadie puede discutir el papel que *Los que iban cantando* han cumplido en esta etapa del canto, aunque quizás haya matices en esa valoración. La amalgama de modalidades que se dio en el mejor momento de ese grupo —Bonaldi, Trochón, Lazaroff, Di Pólito, Da Silveira— redundó en un estilo tan amplio como creativo, que supo ganar una audiencia multitudinaria. Dentro de ese espectro, el aporte individual se mantuvo siempre en evidencia, por lo que no sorprendió en absoluto el rumbo tomado por Lazaroff como solista. Al punto que muchas de las canciones que ahora hace en carácter de tal pertenecen al repertorio de *Los que iban...*

Sin embargo —y este es otro criterio que resulta bastante difundido—, *Los que iban...* por separado no son lo mismo que juntos. Ninguno de ellos como solista ha obtenido el mismo apoyo del público que actuando en función de grupo, y aunque entrar a buscar las explicaciones nos llevaría por otros rumbos, tal vez de ese hecho arranque la situación de desconformidad e insatisfacción que ha precipitado algunas actitudes. Concretamente, imputaciones que Luis Trochón ha hecho indiscriminadamente a los medios de difusión, o su recordado ambiguo pequeño discurso del Atenas, parecerían responder a ello. En el caso de Lazaroff, la virulencia y la "negrura" de su perspectiva, podrían no ser ajenas al mismo fenómeno. Pero, hay que insistir, a mí —y aquí personalizo— me importa menos esa situación que lo que Trochón y Lazaroff respectivamente han aportado. Sólo que cuando uno rompe con ciertos moldes convencionales del lenguaje estético, estrechando el ámbito comunicativo (lo que suele producirse en los músicos abiertos a una nueva búsqueda expresiva, por lo menos al principio), hay que estar dispuesto a aceptar una retracción de ciertos sectores renuentes a la innovación. Eso no es elitismo ni nada por el estilo, es simplemente que en todas las épocas hay gente que hace punta, gente que establece una continuidad, y también, claro, gente que corre de atrás.

En su terreno, en la formulación de nuevas formas de tratar el texto



en relación a la música, y a nivel del propio lenguaje musical, sin duda Jorge Lazaroff está a la vanguardia. Para este cronista se trata de uno de los compositores más interesantes de esta generación, sin siquiera entrar a definir los campos (popular o "culto"). Cosas como *Los que iban cantando*, como *Ciertas canciones*, como *Llamadas*, como *Baile de más caras*, como *Ley de probabilidades*, son trabajos de un compositor a secas. De alguien que se bate a duelo con los problemas de la estructura, del lenguaje, de la musicalización de palabra, de la propia ejecución y estilo interpretativos, sin concesiones y sin preguntarse si tiene o no tiene "gancho". Podrá haber distintas evaluaciones respecto a su último disco; podrá sostenerse o debatirse en todo caso, si la actitud de Lazaroff puede ser la de un cantor popular (y habría que definir primero *qué* es canto popular). Pero lo que no parece sujeto a discusión es la condición de artista honesto, consecuente, jugado en cada nota y cada sílaba, de Jorge Lazaroff.

*Dos*, el disco, y *Dos*, el espectáculo, pueden ser definidos con la misma expresión con que ya lo hicimos en otro medio: son producto de alguien que se tira al agua. Y tanto se compromete en esa empresa, que necesita una postura, una formulación conceptual que la defiende. No obstante, y a pesar de que discrepando igual sostenemos el derecho del Choncho a decir todo eso, hay que consignar que *Dos* se defiende solo, sin los discursos.

## MUSICA MAYOR

*Dos*, el espectáculo, es una de las realizaciones más audaces de la música popular uruguaya en materia de montaje escénico. Claro que eso sería un mérito menor si se tratara de música menor, pero las canciones de Lazaroff, ese verdadero cuerpo poético y musical que ha desarrollado a través de años, resultan un formidable basamento sobre el cual proyectarse. Y vaya si se logra.

Por un lado, sólo él, con su guitarra y un par de micrófonos. Por otro, una pantalla de cine, sobre la cual se proyecta en *súper 8* una segunda versión del cantor: él mismo dialogando, peleando, y cantando a dúo o en contrapunto.

Aparte del virtuosismo técnico que se derrocha, a través de esa dualidad, Lazaroff aprovecha para exponer las propias dudas que lo asaltan como creador, para exponer en una divertida forma de metalenguaje (esa palabra omnipresente) los mecanismos internos de su trabajo creativo. Pero no sólo lo expone, sino que lo desacraliza, en una autocrítica que va a resultar también un antecedente, un requisito indispensable para que resulte seria la crítica que ejerce sobre todo y sobre todos.

Es muy probable que durante algunas semanas todavía haga más ruido lo que Lazaroff dijo y lo que se dice sobre lo que dijo, que lo que cantó y mostró. Porque hasta los que no vieron el espectáculo van a opinar sobre eso. Y tal cosa constituye una desventaja, porque los que no estuvieron en la sala de la Alianza no van a poder opinar sobre todo lo positivo que hubo fuera de los discursos.

En realidad, ese aporte estaba señalando que todo no era tan negro, que una corriente que llegó a cosas como las que allí se vieron y se escucharon tiene una reserva de salud y vitalidad que desborda cualquier diagnóstico fatal.

A no ser que alguien piense que las cosas pueden darse descolgadas de su entorno, y que lo de Lazaroff sea un "milagro" individual, cosa que ni él mismo piensa.

Creo —y otra vez personalizo— que lo mejor que Lazaroff puede hacer para combatir lo que entiende como claudicaciones dentro de la música popular uruguaya es seguir trabajando con el rigor que lo viene haciendo, practicando en sí mismo lo que exige para todos, sin preocuparse de salir a señalar la paja en el ojo ajeno. Tampoco sería justo imputarle ese vicio sólo a él, porque acá hay varios que no ven las propias vigas y que vienen sacando la corneta desde bastante antes, sin resultados visibles.

A la larga todo, incluso estas consideraciones, no es más que cháchara. Lo que va a quedar, en este caso, es lo que Lazaroff compuso, y lo que grabó, además de la influencia que pueda tener sobre incipientes o futuros cantores. Eso es lo que importa, y en *Dos* (el espectáculo, el disco) lo que importa es mucho, muchísimo, aparte de la cháchara.

Elbio Rodríguez Barilari